

11

MARROU³ Historia
de la antig.

CAPITULO X

APARICIÓN DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS DE TIPO MEDIEVAL

Sin embargo, desde el siglo IV es posible contemplar la aparición de un tipo de escuela cristiana, totalmente orientada hacia la vida religiosa y que no tiene nada de antiguo. (Pero esta escuela, ya del todo medieval en su inspiración, permanece durante largo tiempo como bien privativo de un medio particular, y trasciende poco hacia el exterior.) Se trata de la escuela monástica.

La escuela monástica en Oriente

Muy pronto, según parece¹ los Padres del desierto, en Egipto, acogieron a su lado a adolescentes, o inclusive a niños. Excepcionales sin duda al principio, aquellas vocaciones precoces se multiplicaron más tarde; las grandes comunidades organizadas por San Pacomio albergaban, normalmente, numerosos niños.²

El caso es que, como los recibían en su seno, los monjes estaban obligados a encargarse de su educación: (el niño, lo mismo que todo novicio, era confiado a un anciano venerable, lleno de experiencia y de virtud, que le sirvió de padre espiritual, *ABA* (forma copta de "abad", esto es, "padre").(1) Recibió de esta suerte, esencialmente, una formación ascética y moral, espiritual antes que intelectual.) Recuérdese que San Antonio, el gran iniciador de la vida monástica, era un campesino copto iletrado,³ que prescindía cómodamente de los libros, según tuvo él ocasión de demostrárselo reiteradas veces a los filósofos que se llegaban hasta él para contradecirle.⁴ He aquí, pues, uno de los rasgos fundamentales que el monaquismo oriental retendrá como característico: en el desierto uno se preocupa menos de estudiar que de olvidar a los poetas y a la ciencia profana, suponiendo que en el siglo se haya frecuentado las escuelas.⁵

¹ CASSIAN., *Insl.*, V, 40.

² *Reg. Pach.*, Pl. 5; 159; 166; 172.

³ ATHAN., *V. Ant.*, 72.

⁴ *Id.*, 73; cf. 20.

⁵ CASSIAN., *Cont.*, XIV, 12.

de la educación piedad (Eudesa)

El monaquismo revivió, dentro de la tradición cristiana, el "primado de los simples",⁶ oponiéndose al orgullo intelectual que vehiculizaba la cultura antigua y amenazaba, durante el siglo III, con abogar la simplicidad evangélica, según lo prueba sobradamente el ejemplo de los gnósticos y de los alejandrinos.

Pero, a pesar de todo, también allí el carácter sabio, letrado, de la religión cristiana se afirmó naturalmente en toda su extensión. El monje, noche y día, medita la ley divina, la Palabra de Dios, las Sagradas Escrituras. En Oriente, resulta normal que se las conozca de memoria. Pero medio más seguro para aprenderlas así, es evidentemente, el de leerlas primero. De ahí que, hacia los años 320-340, la Regla de San Pacomio prescribe que si un ignorante ingresa en el monasterio, habrá que darle a aprender, para comenzar, veinte salmos o dos epístolas. Y si no supiere leer, deberá aprender, junto a un monje alfabeto, a razón de tres horas diarias de clase, las letras, las sílabas, los nombres... *Etiam nolens legere compelletur!* En principio, en el monasterio, todos han de saber leer y aprender de memoria, por lo menos, el Salterio y el Nuevo Testamento.⁷

La Regla de San Basilio, por su parte, admite niños, desde su primera edad, presentados por sus padres; también quiere, como la de San Pacomio, que bajo la dirección de un anciano santo aquéllos sean iniciados en el conocimiento de las letras, teniendo como norte el estudio de la Biblia. En una palabra, San Basilio esboza una pedagogía muy notable: una vez asimilado el silabario, como se recordará, el niño aprende a leer nombres aislados, después máximas, y en seguida breves anécdotas. La Regla sustituye así el repertorio mitológico de la escuela griega por los nombres de los personajes bíblicos y por los versículos de los Proverbios y por las historias sagradas.⁸

En suma, se trata del mismo programa y del mismo método que, por su parte, desarrolla San Jerónimo en el programa de educación cristiana que redactó para su pequeña Paula, nieta, hija y sobrina de sus caros discípulos romanos⁹ y, en el año 413, para otra niña, Pacátula.¹⁰ En ambos casos se trata de futuras monjas, consagradas desde la misma cuna al servicio de Cristo:¹¹ a Paula se la educará no en Roma, sino en Belén, en el convento donde su tía Eustoquia es superiora y donde el propio San Jerónimo ejerce la dirección espiritual. Educación ésta de todo punto ascética,¹² de la cual se excluyen rigurosamente las letras¹³ y las artes¹⁴ profanas, centrada en las Sagradas Escrituras, que se deben aprender por completo, siguiendo un orden sistemático;¹⁵ fuera de éstas no se estudiará más que a los Padres de la Iglesia: Cipriano, Atanasio, Hilario.¹⁶ Además, como en el caso de la Regla de San Basilio, esta edu-

⁶ Luc., 10, 21 = Matth., 11, 25.

⁷ Reg. Pach., 139-140.

⁸ BAS., Reg. fut., 15.

⁹ MISA., Ep., 107.

¹⁰ Id., Ep., 128.

¹¹ Ep., 107, 5, 1; 128, 2, 1.

¹² Ep., 107, 7, 1; 128, 4, 1.

¹³ Ep., 107, 4, 1.

¹⁴ Id., 4, 3.

¹⁵ Ep., 107, 12; 128, 4, 2.

¹⁶ Ep., 107, 12, 3.

cación proveerá los elementos de los primeros ejercicios: las listas de nombres que la niña utilizará para aprender a leer se tomarán, por ejemplo, de las genealogías evangélicas de Cristo.¹⁷

Tal la metodología empleada realmente por la pedagogía monástica según lo demuestran los óstracas egipcios, notables por sus fechas tardías (siglos VII y VIII): en ellos hallamos listas de palabras donde figuran términos cristianos,¹⁸ por ejemplo toda la serie de nombres propios que pueden leerse en la narración de Pentecostés en el libro de los *Hechos de los Apóstoles*,¹⁹ en los fragmentos de los salmos que servían de tema a los ejercicios de escritura²⁰ y, lo que es aún más curioso, hasta un ensayo de "narración" sobre un tema legendario: "Contar el milagro de Cristo y de la viña".²¹ *

Débil reinado

Todo esto concierne a la educación reservada a los jóvenes monjes, cuyo beneficio se pensó extender a veces a otros educandos. San Basilio, en otra de sus *Reglas*, se propone el problema y consiente, no sin reticencias, en que se abra la puerta del monasterio a los "hijos del siglo", *paides biotikói*, que sus padres deseen confiarle.²² Hacia el año 375 San Juan Crisóstomo, a la sazón en pleno fervor de su vida ascética, ensayó la posibilidad de persuadir a los padres cristianos para que confiaran la educación de sus hijos, desde los diez años en adelante, a los monjes de los "desiertos" vecinos de Antioquía, apartados del siglo y de sus peligros.²³

Pero todo esto no logró gran eco. Resulta bien claro que el llamado de Crisóstomo parte de un alma exaltada, toda ella orientada hacia la perfección y que no quiere dudar que todos sean tan sensibles como lo es él. Nada podía ser menos práctico que lo que él imaginaba: los muchachos debían permanecer diez años, veinte años si era menester, dentro de un monasterio, para acendrase en la virtud;²⁴ pero, entre tanto, ¿qué ocurría con sus respectivas carreras en el siglo? Desde luego, Crisóstomo pone buen cuidado en especificar que no desea en modo alguno que los jóvenes se queden sin instrucción,²⁵ pero en realidad no se advierte una preparación de los medios necesarios para asegurar tal instrucción en pleno desierto.²⁶ Y si alguna vez habla de un monje que sirve de preceptor de estudios a un jovencito empeñado en estudios profanos,²⁷ no es menos cierto que se trata de un caso de autodeterminación, de un hecho de todo punto excepcional. Por tanto, porque no cabría generali-

¹⁷ *Id.*, 4, 4.

¹⁸ *O. Lond. Hall*, 21379.

¹⁹ *Id.*, 26210.

²⁰ *Id.*, 27426.

²¹ *Id.*, p. 148-49.

²² *Bas., Reg. brev.*, 292.

²³ *Crisost., Adv. opp.*, III, 17, 378.

²⁴ *Id.*, III, 18, 380.

²⁵ *Id.*, III, 12, 368.

²⁶ *Id.*, III, 8, 363; 11, 366; 13, 371.

²⁷ *Id.*, III, 12, 369-70.

zarlo como procedimiento, el propio Crisóstomo propone la solución de una temporada en el desierto.

Es dudoso que esta solución llegase alguna vez a prevalecer: veinte años después el mismo San Juan Crisóstomo, mejor ilustrado y aleccionado por la experiencia, renunció por su cuenta expresamente a tal solución.²⁸ Y si insiste más que nunca sobre el deber que tienen los padres de educar cristianamente a sus hijos, dicha insistencia obedece al hecho de que tal es la misión que incumbe a los padres, misión ésta que antaño el mismo Crisóstomo se hallaba pronto para derivar o descargar sobre los monjes que debían asegurar la formación cristiana del niño: ya hemos visto que el niño debe recibir educación religiosa en el seno de su propia familia, sin perjuicio de proseguir, por lo demás, sus estudios literarios en las escuelas profanas.²⁹

En cuanto a San Jerónimo, lejos de pensar en generalizar el plan de educación imaginado para Paula (ésta, por lo demás, parece que correspondió muy mal a las esperanzas de su maestro),³⁰ se abstuvo inclusive de aplicarlo sistemáticamente. Sabemos, en efecto, que San Jerónimo dirigía la educación de cierto número de jóvenes latinos que le habían sido confiados en su monasterio de Belén, pero la enseñanza que les impartía se ajustaba a los programas clásicos: la gramática, Virgilio, los poetas cómicos y líricos, los historiadores...³¹(2)

San Basilio, como se ha visto, no sentía mayor entusiasmo por admitir en el claustro a los jóvenes cuya vocación religiosa no estuviese garantizada suficientemente; y cuanto más se avanza a lo largo del tiempo, tanto más los medios o ambientes monásticos demuestran desconfianza contra dicha intrusión que solo puede comprometer la paz y el recogimiento; y a tal punto debieron de llegar las cosas que, a la postre, en el año 451, el Concilio de Calcedonia prohibió formalmente a los monasterios que se encargaran de la educación de los niños o jóvenes destinados a volver al siglo, *paides kosmikói*.³² Y esta interdicción se mantendrá siempre. En suma; la escuela monástica en las comarcas griegas es, si así puede decirse, de uso interno.

Y con esto estamos palpando uno de los rasgos más característicos del monaquismo oriental: sumergido en un medio cultural cuyo nivel, en suma, se mantuvo siempre constante, el convento no puede asumir en la sociedad un papel pedagógico para el cual no había sido concebido; lejos de convertirse en un centro de estudios, el convento oriental se preocupa por continuar siendo un asceterio; lejos de reinar sobre el mundo, procura apartarse, aislarse de él.

²⁸ CHRYS., *Inan. gl.*, 19, 2-3.

²⁹ *Id.*, 19, 1 s; *Id.*, 73, 2-3.

³⁰ IERON., *Ep.*, 153, 3.

³¹ IERON., *Apol.*, II, 8, 592 A.

³² RHPHR., 21 (1941), 63.

La escuela monástica en Occidente

En Occidente, las invasiones germánicas y la decadencia general de la cultura crearon, a la larga, una situación totalmente distinta.

Al principio las cosas se presentan como en Oriente, salvo un ligero pero significativo matiz. El monaquismo latino es una importación relativamente tardía, una adaptación de un organismo ya muy desarrollado. El cenobitismo y las letras son allí elementos habituales. No encontramos, como en Oriente, el recuerdo y, diríamos, la nostalgia de los héroes de la primera generación, aquellos anacoretas sin cultura para quienes el ejemplo de San Antonio pesaba más que las prescripciones de la regla de Pacomio: de hecho, jamás causará sorpresa en Oriente que un monje santo sea iletrado. (3)

Nada parecido ocurre en Occidente: la *lectio divina*, la lectura de los Libros sagrados, y sobre todo del oficio divino, resulta inseparable del ejercicio pleno de la vida monástica. Este carácter letrado se evidencia desde los mismos orígenes: San Agustín, introductor del monaquismo en África, dio a su primera comunidad, aquella que, laico aún, había él agrupado en su derredor en Tagaste, el carácter de un monasterio ilustrado; (4) su *Regla* prevé, como normal, la existencia de una biblioteca; ³³ en Marmoutier, los monjes de San Martín, iniciador del monaquismo en la Galia, copiaban manuscritos. ³⁴ Una especie de reflejo inmediato vincula la condición de monje al estudio de las letras: situémonos dentro de un contexto del todo ajeno a la cultura clásica y veamos a San Patricio evangelizar a Irlanda: cada vez que elige, o le traen, un jovencito para hacer de él un monje, el reflejo actúa inflexiblemente: "Lo bautiza y le proporciona un alfabeto". ³⁵

Cuando en el siglo vi se extienden las tinieblas de la barbarie, cuando la cultura decae en Occidente y amenaza con desaparecer, los legisladores del monaquismo redoblan su insistencia y proclaman la necesidad, para todo monje, para toda monja; de saber leer, de entregarse a la lectura sagrada. Ilustrativa como ninguna otra, entre las reglas para monjas, es la *Regula* de San Cesáreo de Arles (534): solo se recibirán niñas de seis o siete años, edad en que ya son capaces de aprender las letras; ³⁶ todas las religiosas deberán aprender a leer, *omnes litteras discant*; ³⁷ consagrarán dos horas diarias a la lectura; ³⁸ recopiarán manuscritos. ³⁹

Igual interés se advierte por la *lectio divina* en muchas otras reglas: no solo en el caso de Santa Radegunda que había adoptado pura y simplemente la de Cesáreo, ⁴⁰ sino en el de San Leandro de Sevilla († 601) ⁴¹

³³ AUG., *Ep.*, 211, 3.

³⁴ S. SEV., *V. Mart.*, 10, 6.

³⁵ STOKES, *Tr. Life*, II, 326, 29; 328, 27; 497, 24.

³⁶ CAES. AR., *Virg.*, 7, 104.

³⁷ *Id.*, 18, 105.

³⁸ *Id.*, 19, 105; *Ep.*, II, 7, 140.

³⁹ *Id.*, *Vit.*, I, 58, 320.

⁴⁰ GREG. TUN., *H. Franc.*, IX, 39 s.

⁴¹ *Reg.*, 6-7; *P. L.*, 72, 883-84.

y San Donato de Besançon († 650).⁴² Si el estudio de las letras se recomienda con tanto énfasis en el caso de las mujeres (en cuyo medio, según puede suponerse, la cultura se hallaba menos difundida), *a fortiori* se lo recomienda también a los monjes: ⁴³ la *Regla* de Tarnat (hacia 570) no dispensa de la *lectio* ni siquiera al que deba atender las labores del campo; ⁴⁴ la de San Ferreol d'Uzès († 581) también prevé el estudio de las letras ⁴⁵ y la lectura meditada; ⁴⁶ otro tanto cabe decir (pero ¿cuál será su fecha?) de la *Regula Magistri*.⁴⁷ El movimiento, desde luego, culmina con la *Regla* de San Benito (hacia 525), cuya autoridad, como es sabido, se impondrá en todo el Occidente: la *Regla* de San Benito fija normas extensas sobre las lecturas sagradas,⁴⁸ prevé la admisión de jóvenes en los monasterios ⁴⁹ así como su educación; ⁵⁰ libros, tablillas y estilos aparecen con toda naturalidad como partes integrantes del mobiliario y, en cierta medida, del decorado de la vida monástica.⁵¹ En suma, aun en sus días más sombríos el monasterio occidental siguió siendo siempre un hogar cultural.

La escuela episcopal

La gravedad de los tiempos determinó la aparición de un segundo tipo de escuela cristiana: la escuela episcopal (no siempre muy distinta de la precedente, por lo menos en sus orígenes: es sabido que muchos de los grandes obispos de Occidente, monjes por su formación y por sus ideales, se preocuparon por crear en derredor, o cerca, de su sede episcopal, una comunidad monástica; recuérdense los nombres de San Eusebio en Vercelli, San Agustín en Hipona, San Martín de Tours en Marmoutier...)

Alrededor del obispo se agrupaba siempre todo un personal eclesiástico: comprendía, en particular, el conjunto de jovencitos que, investidos de las funciones de *lectores*, se iniciaban en la vida clerical. (5) Normalmente en este mismo medio se reclutaban y formaban los diáconos, los sacerdotes y los futuros sucesores del obispo. Como ya lo he indicado al pasar, en el capítulo precedente, los miembros del clero, faltos de seminarios y de escuelas teológicas, recibían su instrucción dogmática, litúrgica y canónica a través de este tipo de formación de carácter eminentemente práctico y familiar. El mínimo de cultura profana y, si pudiera así llamarla, humanista, que tal enseñanza suponía, se hallaba asegurado por las escuelas de tipo habitual, como lo hemos visto en la anécdota relacionada con la juventud de San Atanasio.⁵²

⁴² *Reg.*, 20; *P. L.*, 87, 281-82.

⁴³ *CAES. AR., Mon.*, 151, 25.

⁴⁴ *Reg.*, 9; *P. L.*, 66, 981.

⁴⁵ *Reg.*, 11; *P. L.*, 66, 963-64.

⁴⁶ *Id.*, 26, 968.

⁴⁷ *Reg. Mag.*, 50; *P. L.*, 88, 1010 D.

⁴⁸ *BENED., Reg.*, 48.

⁴⁹ *Id.*, 59.

⁵⁰ *Id.*, 30; 37; 39; 45; 63; 70.

⁵¹ *Id.*, 33.

⁵² *RUFINS., H. B.*, X, 15.

Todo cambia en Occidente al desaparecer el sistema escolar clásico conjuntamente con la estructura del edificio político y social de la romanidad. Y a medida que se acentúa la decadencia, tanto más difícil resulta encontrar jóvenes que hayan recibido ese mínimo de cultura literaria sin la cual la formación clerical y el ejercicio del ministerio eclesiástico son imposibles. He ahí por qué los obispos se vieron en la necesidad de ocuparse personal y directamente de la instrucción elemental de jóvenes, (6) como ocurrió, por ejemplo, en Francia en los tiempos merovingios.

El testimonio de Gregorio de Tours (nacido en 538) es, a este respecto, bien significativo. Gregorio no recibió otra educación que la exclusivamente clerical que pudo impartirle su tío (abuelo) San Nizier, obispo de Lyon, quien nutrido "en las letras eclesiásticas", se preocupó a su vez por asegurar la instrucción de los niños de su parentela: el joven Gregorio, admitido cerca de él, desde los siete años, dedicóse al estudio de las letras primero, de los salmos después.⁵³

La necesidad perentoria de asegurar la formación del clero, amenazado por la barbarie creciente, generalizó aquel tipo de educación. Sin duda, se podía recurrir para ello, en cierta medida, al medio monástico; por eso Lérins fue una especie de semillero de obispos para todo el sudeste de la Galia durante los siglos v y vi; otro tanto cabe decir de Marmoutier para la Galia central.⁵⁴ Y para citar un ejemplo menos conocido, recordaré el de otro tío de San Gregorio de Tours, esto es, el de San Galo, conducido por su padre, muy niño aún, al monasterio de Cournon (cerca de Clermont-Ferrand), donde, una vez tonsurado, los monjes lo pusieron a estudiar letras y canto sacro: su bella voz atrajo la atención del obispo, que por allí pasaba, y éste lo adscribió desde entonces a su séquito; más tarde San Galo habría de sucederle en el obispado.⁵⁵

Pero éste no era más que un recurso excepcional. Para asegurar el reclutamiento normal del clero era menester que los mismos obispos tomaran en propias manos no solo la responsabilidad de su formación técnica, sino también la de su instrucción literaria elemental: así nació y se generalizó la escuela episcopal, germen, como es sabido, de nuestras futuras universidades medievales.

Claro está que nos hallamos todavía en un nivel muy humilde: por de pronto, se trata de aprender a leer. San Cesáreo resulta un valioso testimonio de esta institución: atento en grado sumo a la formación de su clero, con el cual vivía en comunidad, por así decir, edificándolo con su ejemplo y con sus pláticas, se desvivió para que todos sus clérigos poseyesen una cultura adecuada, como lo prueba el hecho de que no ordenaba a ningún diácono que no hubiera leído cuatro veces, por lo menos, el conjunto del Antiguo y del Nuevo Testamento.⁵⁶

Es más bajo el aspecto de una simple escuela parroquial de canto que debe imaginarse la escuela episcopal del siglo vi. esta "troupe",

⁵³ GREG. TUR., V. Patr., 8, 2.

⁵⁴ S. BEV., V. Mart., 10, 9.

⁵⁵ GREG. TUR., V. Patr., 6, 1-2.

⁵⁶ CAES. AR., Vit., I, 56, 320.

schola, de jóvenes lectores dirigidos por su *primicerius*, como ocurría en Rouzon en tiempos de San Remigo († 533),⁵⁷ o como en Lyon en 551-552,⁵⁸ o bien, bajo la férula de su respectivo *magister*, como ocurría en Cartago ya hacia el 480.⁵⁹

El sistema se difunde, en efecto, por dondequiera que se extienda la barbarie: lo hallamos igualmente en la España visigoda, donde el segundo Concilio de Toledo (527) prescribe que los niños destinados al clero, desde el momento en que sean tonsurados, deberán instruirse en la "casa de la iglesia" bajo la directa vigilancia del obispo.⁶⁰ Un siglo después, el IV Concilio de Toledo (633)⁶¹ reitera la misma Regla. Además, sabemos que ella fue aplicada: las *Vitas* de los obispos de Mérida nos muestran jovencitos, que al servicio de la basílica de Santa Eulalia, debían estudiar allí las letras bajo la dirección de un maestro,⁶² en tanto que el obispo formaba a su futuro sucesor enseñándole el *officium ecclesiasticum omnemque bibliothecam scripturarum divinarum*.⁶³

La escuela presbiterial

Durante el siglo VI acaba por fin de organizarse, o de reconstituirse, tras el vendaval de las invasiones, la red de las parroquias rurales. (7) El propio éxito de la evangelización de las masas hizo estallar la estructura estrictamente urbana de la antigua Iglesia, agrupada en derredor de la sede episcopal. Pero el número de sacerdotes se ha multiplicado bruscamente: ¿cómo asegurar, en ese contexto bárbaro, la formación del clero rural?

La solución consistía en generalizar el sistema ya vigente en la escuela episcopal. En el año 529, el II Concilio de Vaison, sin duda por iniciativa de San Cesáreo, prescribía "que todos los sacerdotes o curas párrocos admitiesen consigo jovencitos en calidad de lectores, para educarlos cristianamente y enseñarles los Salmos y las lecciones de las Escrituras, y todas las leyes del Señor, de modo que pudieran prepararse, entre ellos, dignos sucesores".⁶⁴ Es preciso saludar esta decisión como un acontecimiento realmente memorable, pues en ella ha de verse, ni más ni menos, la partida de nacimiento de nuestra escuela moderna, de esa escuela rural, popular, que la antigüedad misma no había conocido bajo esa forma regular, sistemáticamente generalizada.

La iniciativa del Concilio de Vaison no era un hecho aislado: podía invocar, como precedente, "la costumbre, aparentemente ya habitual en toda Italia"; por su parte, la España visigoda, con un siglo de retardo, también seguirá la misma huella en el Concilio de Mérida (666). En

⁵⁷ REM. REM., Ep., IV, 115.

⁵⁸ DIEHL, 1287.

⁵⁹ VICT. VIT., V, 9.

⁶⁰ C. 1, P. L., 84, 335.

⁶¹ C. 24, id., 374.

⁶² V. Patr. Emer., II, 14; I, 1.

⁶³ Id., IV, 4, 1.

⁶⁴ Conc. merov., 56, c. 1.

La propia Galia tenemos pruebas⁶⁵ de que la iniciativa fue efectivamente adoptada: * por ejemplo, en la vida del futuro San Gery de Cambrai († 623-626) se ve cómo un obispo en gira pastoral se preocupa por saber si en tal o cual ciudad hay niños que se preparen para el sacerdocio.⁶⁶ Y el eremita San Patrolo († 576), instalado en el vicus de Neris (cerca de Montluçon, Allier), construye allí una capilla, que él consagra después de traer varias reliquias de San Martín, y en ella enseña las letras a los niños, *pueros erudire coepit in studiis litterarum*.⁶⁷ Las dos funciones de cura de aldea y de preceptor estuvieron, desde entonces, íntimamente ligadas.

Comienzo de las escuelas medievales

Acabamos de ubicar en sus respectivos marcos las instituciones que servirán de punto de partida al desarrollo del sistema educativo medieval. En los siglos VI-VII, a que ahora hemos llegado, este sistema se halla apenas esbozado; monásticas o seculares, estas escuelas solo tienen hasta entonces un horizonte muy limitado: son, si así pudiera decirse, escuelas técnicas que no se proponen otra cosa que la formación de monjes y clérigos.

Sin embargo, por la misma fuerza de las circunstancias, desde el instante en que desaparecen del todo las escuelas profanas, herederas de la antigüedad, estas escuelas religiosas se convierten en el único instrumento por medio del cual podía adquirirse y transferirse la cultura. Y sus beneficiarios, en principio, era toda gente de Iglesia, pues ¿acaso no resulta un rasgo característico de nuestro medievo latino el que en esa época la ciencia sea, ante todo, asunto de clérigos? No obstante, su clientela comienza a extenderse a partir del siglo VI.

Los monasterios, en el continente por lo menos, trataban sin duda de defenderse, como los de Oriente, contra la invasión de elementos mundanos: el caso de Calcedonia tiene su equivalente en la Regla de San Cesáreo, que veda rigurosamente, *penitus non accipiantur*, el acceso de las niñas, nobles o humildes, a los conventos adonde se las pretende enviar para su educación e instrucción.⁶⁸ Quien lea la Regla benedictina echará de ver que los niños en ella considerados, son, necesariamente, jóvenes oblatos. † De hecho, los niños que se educan en el claustro están

⁶⁵ C. 18, P. L., 84, 623.

⁶⁶ V. SS., *merov.*, I, 652, c. 2.

⁶⁷ *CHRON. TUN.*, V. *Patr.*, 9, 2.

⁶⁸ *CARL. AB.*, *Virg.*, 7, 104.

† De acuerdo con la Regla de San Benito (capítulo LIX), llevaba tal nombre el niño que se ofrecía al servicio de Dios. Esta costumbre fue prohibida luego (desde el siglo VII), pero la prohibi-

ción no afectó las disposiciones del capítulo XLV de la misma Regla en cuanto concernía a los *alumni*, llamados también oblatos. Estos oblatos deben también distinguirse de los *ordinarios* (miembros de la cofradía benedictina, especie de tercer orden), contemplados por la misma Regla. (N. del T.)

destinados al monacato, ya se trate de los hijos de San Euquerio, Salone y Verano, a quienes se acoge, muy jóvenes aún, en Lérins, cuando su padre llega hasta allí para hacer profesión de fe (hacia 420),⁶⁹ ya de los jóvenes discípulos de San Benito, como Mauro y Plácido, enviados por sus padres para que el santo los eduque en el servicio del Señor.⁷⁰ Mientras tanto, en Irlanda por lo menos (donde, según cabe conjeturarlo, una vieja tradición druídica había abierto la senda desde los tiempos del paganismo), (8) ya es posible ver cómo los reyes, o los jefes, confían normalmente sus hijos a un monasterio para que en él se eduquen; mientras viven allí, mantienen su condición de laicos, y luego retornan al siglo, una vez acabado el proceso educativo, para volver a ocupar el sitio o la jerarquía que les correspondía por derecho de nacimiento.⁷¹

Pero cuando la creación de las escuelas presbiteriales ofreció a todos, en cierta medida, la posibilidad de instruirse, aquéllas admitieron muchos alumnos que no siempre tenían conciencia de una verdadera vocación eclesiástica.⁷² Muchos simples campesinos aprovecharon esa coyuntura,⁷³ pero fueron muchos más los hijos de nobles (las *Vidas* de San Seine⁷⁴ o de San Leodegario⁷⁵ lo confirman cabalmente), pues entre éstos subsistía la costumbre de hacer aprender las letras a sus hijos, supervivencia de la época romana, cuando la cultura era uno de los elementos de prestigio de la clase dominante. Además, había exigencias prácticas que así lo aconsejaban: por muy bajo que fuese el nivel técnico en que se hallaba la administración, aún persistían ciertos elementos burocráticos en la monarquía merovingia, y en tales escuelas, por supuesto, y no en otras, (9) se formaban los servidores laicos que empleaban los monarcas.

El nivel de este tipo de enseñanza, por lo general, es todavía muy humilde. Se trata, desde luego, de una enseñanza técnica que trata de satisfacer necesidades inmediatas: leer, escribir, conocer la Biblia, en lo posible de memoria, los Salmos por lo menos,⁷⁶ adquirir un mínimo de erudición doctrinal, canónica,⁷⁷ y litúrgica. Y nada más. La cultura occidental se arrastra por el suelo.

Sería un anacronismo proyectar sobre aquellas primeras escuelas religiosas de los siglos v-vii las ricas aspiraciones humanas que nutrirán el Renacimiento carolingio o el Renacimiento del siglo xii. (10) Lejos de extraer todo el partido posible de los escasos conocimientos que les son aún accesibles, los maestros de aquellos "Años Oscuros" tratan de alejar en la mayor medida posible a sus alumnos de una cultura demasiado acogedora de la tradición profana. El monaquismo de Occidente se desenvuelve todavía dentro de la misma atmósfera de ascetismo cultural que

⁶⁹ EUGEN., *Instr.*, pr. 773.

⁷⁰ GREG. MAGN., *Dial.*, II, 3.

⁷¹ V. SS., *Hib.*, I, 250; 252; II, 180-81.

⁷² GREG. TUR., *V. Patr.*, 20, 1.

⁷³ *Id.*, 9, 2.

⁷⁴ A. SS. O. Ben, I, 263.

⁷⁵ *Id.*, III, 283.

⁷⁶ AA. SS. *Hib.*, 166; FERREOL., *Reg.*, II, P. L., 66, 963.

⁷⁷ *Conc. merov.*, 88, c. 6.

priva en Oriente: el monje debe huir del mundo, de sus vanidades, de sus riquezas, incluida entre éstas la cultura. Citaré una vez más el testimonio tan valioso de San Cesáreo: habiendo salido, por razones de salud, del claustro de Lérins, se encuentra en Arlés con el sabio africano Julián Pomerio y comienza inmediatamente, bajo su dirección, a estudiar gramática y filosofía; mas no demora en separarse de él, e interrumpe aquellos estudios profanos para continuar siendo fiel a la "simplicidad monástica".⁷⁸ Y, sin embargo, Pomerio no era un maestro de inspiración tan profana que se diga, como podremos comprobarlo si leemos su *De vita contemplativa!* En las escuelas episcopales reina la misma atmósfera: basta que un obispo se permita preocuparse demasiado por la enseñanza de la gramática, para que se suscite un escándalo y se lo llame severamente al orden, como San Gregorio Magno se lo hace ver a Didier de Viena.⁷⁹ (11)

Este oscurantismo es también una de las consecuencias del naufragio general de la cultura de Occidente: la decadencia no se compone únicamente de ignorancia y olvido; también hay en ella una degeneración interna. La actitud de un Cesáreo o de un Gregorio no se comprende, en absoluto, si no se confronta con la imagen real que, dentro de la composición de lugar propia de su tiempo, podían aquéllos hacerse de la cultura profana que con tanto horror rechazaban. No son, por otra parte, los valores eternos del humanismo los rechazados o impugnados, sino los mariposeos monstruosamente pueriles en que se complacen los últimos eruditos de su tiempo. Remito a mi lector a aquella extraña obra de Virgilio *el Gramático*, (12) a sus imposturas pedantescas, cuya pretendida aspiración a la ciencia superior solo desemboca en un logogrifo:

Cicero dicit RRR-SS-PP-MM-N-T-EE-OO-A-V-I, quod sic solvendum est: Spes Romanorum perit...⁸⁰

Sí, todavía la escuela cristiana no es más que un germen apenas entreabierto; pero, entiéndase bien, un germen, no un simple residuo. Esta pedagogía, aun balbuciente, es sin embargo muy original por su espíritu y por sus métodos, y abre la puerta a un tipo de educación nueva que no podría asimilarse al de la antigüedad clásica.

La enseñanza, por supuesto, comienza siempre por el alfabeto,⁸¹ pero mientras el escolar antiguo aprendía lentamente, según la gradación sabiamente dispuesta de un análisis abstracto, todos los elementos sucesivos de la lectura, ahora el niño se ve enfrentado de buenas a primeras ante un texto, el Texto sagrado. El maestro toma una tablilla y copia en ella el texto que servirá de tema de lección: las más de las veces es el comienzo de un salmo,⁸² ya que dominar el 'salterio, base del oficio,

⁷⁸ CAES. AR., VII, 9, 299.

⁷⁹ GREG. MAGN., Reg., XI, 34.

⁸⁰ VIRG. GRAM., Epit., 13, 77.

⁸¹ V. SS. merov., II, 161; STOKES, Tr. Life, I, CLIII; II, 328; V. SS., II lib., I, 67; II, 210.

⁸² Id., I, 165; II, 156-57.

es el primer objetivo de la enseñanza. El niño aprende de memoria el texto al mismo tiempo que lo recita; hay en este sistema algo así como un grosero equivalente de nuestro actual método global;⁸³ por lo menos al principio, el escolar lee, memoriza el texto, al que apenas reconoce. En una palabra, no aprende a leer como lo hacía el escolar antiguo, no aprende a leer en sí: aprende a leer el texto, llámese Salterio o Nuevo Testamento. Y el texto que el escolar aprende es la palabra de Dios, la Escritura revelada, el único libro que merece conocerse. ¡Cuán lejos estamos ahora de la escuela clásica! Pensamos más bien en los métodos que todavía se aplican en los países musulmanes, en las escuelas coránicas; pero es más justo, más histórico, ver en esta nueva escuela el equivalente cristiano de la escuela rabínica.

Nada falta en ella, ni tampoco falta, sobre todo, el matiz especial de veneración, de respeto religioso incluso para con el maestro. ¡Cuán lejos estamos del maestro de escuela griego o latino, ganapán universalmente despreciado! Desde ahora, lo mismo que en los medios semíticos, sus lecciones son solicitadas "con la más profunda veneración y con una humilde súplica": *cum summa veneratione humilique prece...*⁸⁴

Este sentimiento, claro está, se explica en parte como efecto de la decadencia y de la barbarie ambiente: el maestro es ahora ese hombre difícil de encontrar, ese hombre capaz de revelar el secreto de la escritura, a la sazón misterioso, según lo atestigua este episodio que puede leerse en Gregorio de Tours: cierto día un clérigo vagabundo, que no tardaría en revelarse como indigno, se presentó ante el obispo Eterio de Lisieux (hacia el 584) invocando su condición de maestro de escuela, *litterarum doctorem*. Gran alegría del prelado, por supuesto ¡era algo tan raro! Consiguientemente, se apresuró el obispo a reunir a los niños de la ciudad para confiárselos a su magisterio, y he aquí a nuestro clérigo convertido en objeto de estima por parte de todos, colmado de regalos por los padres. Y cuando estalló el escándalo inevitable, faltó tiempo para echar tierra al asunto.⁸⁵

Pero hay mucho más: maestro es aquél que revela no solamente la escritura, sino las Sagradas Escrituras. Monástica, episcopal o presbiterial, la escuela no separa, no aísla la instrucción de la educación religiosa, de la formación dogmática y moral; religión sabia y popular a la vez, el cristianismo otorga al más humilde de sus fieles, por elemental que sea su desarrollo intelectual, un nivel equivalente al que la altiva cultura antigua reservaba a la élite de los filósofos; es decir, una doctrina del ser y de la vida, una vida interior subordinada a una dirección espiritual. Según la fórmula estereotipada de nuestros viejos hagiógrafos, la escuela cristiana provee, al mismo tiempo, *litteris et bonis moribus*, esto es, atien-

⁸³ V. SS. merov., II, 342, c. 6.

⁸⁴ *Id.*, 161, c. 1.

⁸⁵ GREG. TUR., *Hist. Fr.*, VI, 36.

de por igual "a las letras y a las virtudes".⁸⁶ A mi modo de ver, la esencia cabal de la escuela cristiana, de la pedagogía del medievo, en contraposición con la antigua, reside en esa asociación estrecha, y aun en el escalón más elemental, entre la instrucción literaria y la educación religiosa, en esa síntesis que se consuma en la persona del maestro, del preceptor (o del profesor) y del padre espiritual. Es necesario fijar su aparición en los monasterios egipcios del siglo iv.

⁸⁶ AA. SS., Feb., III, 11; V. SS. *Ilib.*, I, 99; 153; 269; II, 77; 107, etc.